

tes, sin alimentación reparadora quizás, y agobiado por la pena que el deshonor y la mancha avivan más todavía, Cervantes creó á D. Quijote y á Sancho, la epopeya, la novela, y el drama á la vez más humanos, más palpitantes, de más vivo interés cual es el que envuelve la perpétua lucha entre la realidad prosaica y el ideal inventado, entre lo soñado con ardor y jamás conseguido, entre el galardón que encuentra en este mundo egoísta y frío todo el que lucha y se sacrifica y el que sabe contar é imitar de paso al personaje de Horacio, silbado en la calle, mientras él se aplaude en su casa *simul ac nummos contemplet in arca*.

Nos hablaron de un cepo desaparecido hacía poco tiempo y que la tradición señalaba como instrumento que sujetó los pies de quien nadie pudo sujetar el ingenio para evitar que pusiera en el más gracioso y peregrino de los ridículos á los vengativos moralistas de Argamasilla. Nos hablaron de cadenas escapadas en los sillares del muro, de los cuales no vimos ni huella siquiera, é involuntariamente y con harta amargura nos acordamos de las que Bobadilla puso á Colón, de las persecuciones del Dante, del destierro y enfermedad del Tasso, de la miseria de Camoens, de la cárcel de Quevedo y el hambre de Moratín. ¿Será cosa cierta que el mundo paga siempre con agravios á todo el que le hace un bien tan inmenso como es el de contribuir al esplendor de la cultura humana?

En aquel momento y en la iglesia prioral de Argamasilla, la campana tañía las vísperas del Viernes de Pasión y este sencillo indicio nos recordó que desde Jesús hasta el último de sus discípulos é imitadores, todos han hallado una cruz ó un suplicio en recompensa de su apostolado. No es, pues, de maravillar que Cervantes hallara el suyo en Argamasilla.

Abandonamos la *Cueva* deseosos de espaciar nuestra vista en el anchuroso panorama de la región manchega. Salíamos de las tinieblas de una cárcel en donde se engendrò la obra de tesis más interesante y humana y anhélamos recorrer los mismos sitios que Cervantes visitó para encuadrar en ellos su inmortal novela.

Teníamos afán por hollar con nuestras plantas el Campo de Montiel, el Puerto Lápice, los campos de Carrión y Calatrava, tratar de cerca á los Perlerines de Miguelurva, y á los doctores Recio de Tirteafuera; dar con un don Diego de Miranda, caballero del *Verde Gavan*, platicar con un barbero y un cura tan decididos y excelente amigos como Maese Nicolás y su incomparable compañero; pillar las socarronerías de un Bachiller Sansón Carrasco, las simplezas de los cabrerros, los discretos eruditos del Canónigo y catar por fin la olla podrida de Juan Palomeque, el Zurdo.

En primer lugar queríamos estudiar sobre el terreno los rasgos etnográficos de D. Quijote y Sancho Panza, perpetuados á través de los tiempos y tan salientes hoy como en tiempos de Cervantes. Con el *Ingenioso Hidalgo* en la mano, en la memoria y en el corazón aspiráramos á *vivir* el libro del preso de Argamasilla, la obra más universal y más española á un mismo tiempo. ¿Lo conseguimos? Dirálo el lector, después de acompañarnos á la escursión que al campo de las aventuras de D. Alonso Quijano, Quijada ó Quijana, le ofrecemos para el próximo artículo.

ARTURO MASRIERA.

## ¡VENCIDO!

Escucha amada mía,  
vengo á cantar sumiso,  
la canción del desmayo en tu ventana,  
sin té, sin entusiasmos y sin bríos.  
Aquí tralgo las agramas

que esgrimí en el combate,  
el dolor en el alma, y en el rostro  
las huellas dolorosas de los mártires.

No soy un desgraciado,  
la culpa es sólo mía;  
yo quise conquistarme una corona  
y en mis pies se clavaron las espinas.

Besó mi frente pálida  
el ángel del delirio,  
y cayeron mis cantos de entusiasmo  
en la siana infinita del vacío.

El desaliento infame  
teñió su negro manto,  
me faltaron las fuerzas y volvíme  
con el alma y la lira hechas pedazos.

Aún resuena en mi oído  
tu voz, que al despedirme  
me dijo entre sollozos: «si no triunfas  
prefiero que no vuelvas y me olvides.»

La culpa es sólo mía;  
y he sido tan cobarde,  
que vuelvo avergonzado y no he tenido  
suficiente valor para matarme.

¿Qué puedo ya ofrecerte  
si sólo me acompañan  
las muertas ilusiones de mi ardiente  
delirio que me asedia y que me mata?

Si mendigar pudiera...  
pero yo soy un hombre,  
que al borde del abismo mi destino  
me arrastra sin cesar con saña enorme.

Y al implorar limosna,  
Y al extender la mano,  
se enrojece mi cara de vergüenza,  
y le faltan las fuerzas á mi brazo.

Perdóname si quieres;  
perdona al desvalido,  
que al pie de tu ventana amada mía,  
viene á implorar perdón sin pan ni abrigo.

Yo soy más desgraciado  
que el triste perdido; yo  
no puedo pedir, tengo vergüenza,  
y el alma hecha pedazos en el pecho!

L. ESTEYRE Y L. DE HARO.

## LOS TALLERES DE LA ESTACIÓN

Dice nuestro colega *El Labriego*. «Parece ser, y nuestros informes son muy autorizados, que la compañía del ferrocarril ha estudiado razonadamente la cuestión de conveniencia de ir aumentando el personal de los talleres de este depósito y se encuentra dispuesta á dar á dichos talleres la importancia que antes tenían cuando se adquirió la línea de Badajoz, aumentando el personal á mayor número aún que en aquella época.

Como se ve esto tiene grandísima importancia para Ciudad Real bajo todos conceptos, y en especial bajo el punto de vista de aumento de población.

Seguramente la compañía ferroviaria también encontrará grandes ventajas para las reparaciones de máquinas, tenders, etc., etc.

Ahora á nuestras autoridades toca poner los medios que estén á su alcance para allanar obstáculos y procurar que tanto las viviendas como los comestibles se adquieran como en las poblaciones de igual clase y que no sea más costosa la vida en nuestra plaza que si estuviéramos en pleno centro de Madrid.»

De desear es que se lleven á cabo dichas reformas, que habían de redundar en beneficio de esta población.

## LAS SIERVAS DE MARÍA en Ciudad Real.

Hace algún tiempo llegaron á esta ciudad las beneméritas hermanas de la asociación, titulada Siervas de María, que tan eminentes servicios están prestando en toda España, asistiendo á los enfermos, cuidándolos, velándolos con maternal cariño.

En los tiempos que corren de egoísmo y de falta de sentimientos de caridad; en estos malhadados días de fría indiferencia, las Siervas de María, hijas legítimas de la hermosa caridad, con

un desprendimiento generoso, noble y desinteresado, llegando al *summun* del altruismo, colócanse á la cabecera de los enfermos, sean de la clase que sea, desde los que moran en los más suntuosos palacios y ocupan las más encumbradas posiciones, hasta los que viven en los suburbios más infectos y les prestan toda clase de auxilios.

No miran que la enfermedad sea repugnante y contagiosa, no miran que tal vez no sean agradecidos sus servicios; las Siervas de María, llenas de constancia y desprendimiento pasarán días y noches prestando sus relevantes servicios sin importarle la ingratitud humana, fijo su pensamiento en el mártir del Calvario, en el más altruista de los hombres, que tampoco se cuidó de su número uno, sino por salvar á sus congéneres del pecado y que besó al leproso escarnio de su pueblo.

Sabemos que aquí en esta capital desde que llegaron, estableciéndose en la casa número 16 de la plaza de San Francisco, han prestado y están prestando inmensos servicios, asistiendo enfermos de cuidado y acudiendo solícitas á donde se las llama.

Pues bien, las Siervas de María reclamaron el auxilio y la protección de nuestro municipio, negándoseles éste con la excusa de la pobreza del erario.

Nosotros desde las columnas de este periódico llamamos la alta atención de nuestro amantísimo prelado, del Alcalde de esta capital y del señor Gobernador, para que favorezcan en cuanto sea posible á tan beneméritas Siervas de María.

J. MONTE Y PUENTE.

## ¡REID, POETAS!

Car je tiens que le rire est une nobles chose  
Un frère de l'amour, un guide sans pareil.  
Et qui on ne peut avoir au pays du soleil,  
De meilleur conseiller que le lys et la rose.  
GABRIEL VICARRE.

Y dijo Zaratustra: poetas, ¿por qué tanta tristeza? ¿Es por ventura que en el haz de la tierra secaronse para siempre las claras y saludables fuentes de la alegría? ¿Acaso en la papeleta de la vida se extinguieron los brillantes y encendidos colores, símbolos del vivir alegre quedando tan sólo los mortecinos y apagados, encarnación de la tristeza, del dolor y la muerte? ¿O es que vuestras liras enfermaron atacadas del mal del siglo, la enloquecedora neurosis, y las pálidas y febrilientes manos que las pulsan, apenas si logran evocar las exangües y erráticas ficciones que pueblan vuestros desequilibrados cerebros?

Creedme, hermanos; de seguir por el emprendido camino haréis aborrecible la poesía á cuantos tienen fe en la halagüena y confortante alegría de vivir. Los superhombres, los espíritus privilegiados, almas serenas y de temple, que luchan y vencen en el arte ó en la ciencia; los que poseen la verdadera superioridad humana, que es la acción, fuerza plasmante y creadora, capaz de engendrar mundos en la nada; esos prestan á vuestras quejumbrosas y balbucientes lamentaciones la atención que merece el destemplado lloreguero de un niño. El vulgo, ese vulgo que con tanto orgulloso énfasis despreciáis, sin parar mientes en que su misión es más necesaria y útil que la vuestra, ya tampoco os escucha: ha tiempo que se hartó de vuestras gárrulas cantatas, de vuestras *saudades* y añoranzas; sabe de coro que la madre del poeta es siempre dechado de pureza, archivo de acrisoladas virtudes; la tan llorada compañera, ángel y tesoro de bondad, cifra y acopio de hermosuras; los atáides donde se guardan como joyas los niños muertos, lindos estuches de fino raso guarnecidos, y las que desposadas de los vates son seres tan malaventurados que ineludiblemente pasan á mejor vida, coronadas de albos y opitalámicos azahares: sabe todo esto el vulgo, y como lo tiene olvidado de puro sabido y además, en punto á tristezas, bástale con las que en el común reparto le designó el destino, de aquí que haya tomado el buen acuerdo de no leerlos, haciendo maldito el caso de vuestras lacrimosas canturias. Si los hombres superiores os desdennan por mentirosos é infantiles, y el vulgo con cierto instinto os llama cursis y se rie en

vuestras barbas, decidme poetas, ¿qué público os queda?

Y no vale excusaros con la tan repetida afirmación de que escribís para vosotros mismos, porque el arte ni puede ni debe ser un goce solitario. La torre de marfil, el cultivo egotista del jardín propio, no son en realidad más que vanas y pretenciosas frasescillas, traídas por la moda y que en sí nada significan. La obra de arte requiere, como necesario complemento, la aprobación del público, juez encargado de conferirle el galardón del éxito, y quien lo contrario sostenga ó es un genio, ó un pobre outado que encubre su impotencia bajo un razonar pueril á todas luces.

Sonrióse Zaratustra y añadió: hermanos, la poesía, á semejanza del rey mitológico, convierte en oro cuanto toca con sus manos de hada: es como el sol que dora y embellece los más tristes y desolados paisajes; por eso su misión verdadera es alegrar la vida, hermosearla, hacer de ella un valle de placeres.

La risa, he ahí la gran superioridad del ser humano. El hombre nae, vive y muere llorando; el arte, con la magia de sus espléndidas ficciones, debe enjugar su lloro, haciendo pasar por sus labios toda la gana de reír. Reír, siempre reír, este debiera ser el ideal destino de las criaturas.

Todo es bello, todo es alegre cuando hay ojos que saben mirar regocijados. Nada, por pedestre y humilde, es indigno de inspirar un acabado poema. Cantad, poetas; cantad las frescas y lucentes alboradas, símbolos del renacimiento, el amor sano, la fecundidad triunfante; los goces del hogar; el vino generoso que lleva en sus entrañas locura, olvido y alegría; el agua purificada que nos renueva, y en fin, todos cuantos, al parecer insignificantes pormenores, tejen la urdimbre de la vida diaria. Cantad todo, que el arte debe ser un espejo donde la realidad entera se refleje; pero esoged como lema de vuestras canciones, fuerza, belleza, salud, elegancia, generosidad, valentía, cuanto hace al hombre superior, elevándole sobre las fealdades terrenas, dándole la serena actitud de un dios que se rio.

Poetas, ¿á que tanta tristeza? Si queréis que los laureles cinan de nuevo vuestras frentes, rompéd la lira del dolor mentido, coronaos de rosas y mirtos, y agitando los cascabeles de la locura reid, que la risa es divinamente hermosa, digna de ser santificada; reid, que Zaratustra ha coronado la risa.

JUAN HECTOR.

## Noticias

Desde este número empezamos á publicar la serie de artículos que ha escrito para este periódico, el sabio catedrático que fué de este Instituto y hoy del de Lérida, D. Arturo Masriera y Colomer.

Los titula nuestro distinguido amigo y reputado escritor *Recuerdos de Cervantes en la Mancha*, y están hechos dichos artículos sobre el terreno que immortalizó al sublime Manco de Lepanto.

Mil gracias enviamos al Sr. Masriera, por habernos honrado una vez más con sus sobresalientes escritos.

Nuestro joven paisano y amigo el aprovechado estudiante D. Eduardo Malagulla, se encuentra muy aliviado de la enfermedad que desde hace unos días padece.

Nos alegramos de la mejoría y se la deseamos completa.

Días pasados tuvimos el gusto de saludar en esta capital, al rico hacendado de la Membrilla, senador del Reino y Caballero Santiaguista D. Joaquín Pérez Cabello, que vino á ventilar asuntos parlamentarios.

Se ha agravado en la enfermedad que hace tiempo viene padeciendo, la respetable señora D.<sup>a</sup> Ramona Díaz Aguirre, esposa del conocido abogado y propietario don Angel del Monte y Puente, y madre de nuestros amigos D. Miguel y D. José. Pronto alivio deseamos á la enferma.

Auxiliada por los médicos D. José Gómez Alcázar y D. Dámaso Sancho, el miércoles pasado dió á luz con toda felicidad un robusto y hermoso niño la distinguida esposa de nuestro apreciable amigo D. Antonio Escobar, segundo jefe de Telégrafos de esta población.